

*Martes de gracia*, de VALERIA DE PAULO. Zig-Zag, 1964

Hay personas que en los primeros contactos no atraen simpatías. Nos rechazan o las alejamos a ellas. Adivinamos un submundo cerrado, hermético, que se defiende. Tal nos ha sucedido con la novela *Martes de gracia*, de Valeria de Paulo. Recorremos al principio páginas y páginas. Percibimos un macizo rumor de vida que se arrastra, monocorde y tenaz. Vida de campo, tierra, trigo, hombres y mujeres laborando duramente entre los surcos fecundos. Y, por sobre este paisaje geográfico y humano, una aguda sensibilidad de mujer, sufriendo, viviendo, captándolo todo, vibrando como esos follajes sensitivos de los álamos que captan y registran la menor brisa que pasa. Si no ponemos atención, pareciera que es sólo retórica, descripción. Pero, a medida que nos adentramos en la obra, vamos percibiendo el sordo rebullir de la emoción contenida en sus apretadas páginas. Reconocemos, además, que no sólo guían los pasos de la novelista las tendencias primarias, sino que hay una elaboración disciplinada que derrota a la intuición, motor que dinamiza la creación femenina.

El ambiente es campesino, como hemos dicho. Una heredad próxima a Santiago, la Hacienda TRINIDAD. Por estar tan cerca de Santiago, ha perdido el pintoresquismo rústico de los campos sureños y casi no reconocemos al campesino criollo. Hasta ellos han llegado los vientos de las reformas sociales y agrarias. La gente está atenta a los cambios que tienen tan sin cuidado a los labradores de otras zonas. No por eso, estos inquilinos, han conseguido mejores salarios. Las reformas no son para tanto... Las miserias y esfuerzos no han variado y tienen que emigrar en busca de mejores medios de vida. Esto sucede en TRINIDAD, mientras dirige la hacienda el abuelo PEDRO ANGEL HERREROS, de estampa y nombre típicamente terrateniente de antiguo cuño. Terco, despreciativo con sus inquilinos, ignorante de la ciencia agraria, que exige rotativa de siembras y mejoramiento de semillas, es dueño y señor de cuerpos y almas, hasta que, después de una caída, se va convirtiendo poco a poco en una ruina física. Su nieta SIMONETA, culta, de extraña fuerza síquica, alerta a los cambios ambientales, trata de mejorar las condiciones de vida y métodos de cultivo. Simoneta es producto de un cruce de razas: una madre nativa y un padre italiano. El latino hace una sola concesión a lo vernacular de su mujer y de su hija. Permite que la niña escriba su nombre Simoneta con una sola *t*. Esta hija hereda cualidades de ambos. La fantasía del italiano y la capacidad de sufrimiento de su madre.

Simoneta es la heroína de la novela. Nos encontramos ante un ente humano complejísimo, lleno de repliegues, de frustraciones, de ansias de vida que retiene con vigorosa voluntad. Es un ser superior, evolucionado, pensante que da la impresión de encontrarse en un marco inapropiado. No sabemos cómo una intelectual pura haya caído en aquel ambiente campesino. Nada sabemos de dónde viene, ni qué estudios elaboraron su elevado razonamiento. Simoneta parece no sentir atracción por el agro, ni por sus problema. Trata de ir desenvolviéndose, fríamente. Se adivina en ella cierto

desprecio por el inquilinaje, aunque lo comprende y, a veces, compadece su miseria.

La hacienda con sus campos de cultivo, con sus caminos polvorientos, sus atardeceres, su silencio es secundario. Lo que interesa y atrae en la novela es la pasión humana desatada por sobre estos elementos ambientales. Simoneta es un espíritu atormentado, pasional pero contenido por una razón acerada que no hace concesiones y que la hace infeliz. La vemos vibrar con violencia, con fuego sensual avasallador en la entrega al médico, irrazonada, impulsiva, fatal. Es como un destello, una llamarada de los sentidos que exigen sus réditos. Es un goce total y definitivo que parece haberla consumido, quemado para siempre. Después de este clímax, la vida monótono, la sórdida lucha por borrar hasta el recuerdo de la caída, a pesar de algunas tenaces evocaciones que la carne aún estremecida hace surgir en el sueño. Mas, toda exaltación es refrenada, controlada para que la fantasía y la esperanza no vuelvan jamás. Agosta su vida en la lucha con los elementos. Se ocupa de las inundaciones, de las sequías, de las siembras. Termina por no realizarse como un castigo al ensueño y al cuerpo.

Es, sin duda, el personaje mejor logrado. Y quien más lo conoce y define es Demetrio, un cínico y enamorado amigo de la infancia. "Vuélvete, le dice a Simoneta en una dramática escena, hacia ese espejo. ¿Qué ves en él? ¿Acaso una muchacha? ¡No! Una mujer que empieza a envejecer. Eso serás dentro de poco: ¡una vieja! ¡La piel de tu cara quemada por el sol se llenará de arrugas como las grietas del castaño. Serás como el árbol viejo que hurtaba mis volantines. Un remedo de tiempos mejores. Nadie se detendrá a mirarte... El ser humano que malogró su estío no volverá a vivir en renovales... Tu exceso de control malogró todo impacto emocional en ti. Sólo he conocido una debilidad en ti: Camilo Uribe. Más que un hombre fue para tí una fascinación. Pero ni siquiera entonces fuiste capaz de comportarte como mujer. Te faltó valor para pelear su afecto. ¡Qué puede esperarse de tí".

Es un trazo certero de autoanálisis. Es el retrato implacable y cruel de vivisección de un ser humano. "Lo trascendental lo viste simple. En cuanto a las cosas insignificantes, las agigantaste de acuerdo con la corriente emocional que te impulsaba". ¡Qué bien la conocía el trotamundos y despreocupado Demetrios! ¡Y sin embargo le ofrecía su mano...!

Otros personajes son: el médico, Camilo Uribe y el doctor de la casa, Javier Lazcano. El primero no es simpático. Aparece un tanto engolado y presuntuoso. Un gran cirujano, de mano milagrosa. Da la impresión de que la autora, lo utilizó como elemento catalizador para la llamarada sexual y emocional de Simoneta. Después, se pierde, se esfuma, eclipsado por la fuerza pasional del personaje femenino. El otro médico es un solitario, filósofo que sirve para enlazar escenas y razonamientos.

Pero hay por allí un individuo a quien la autora describe con trazos violentos y maestros. Es YERKO, el mestizo de yugoeslavo y chilena. Su tem-

peramento resentido, violento, maldadoso desdice aquello de que con sangre europea mejora la raza. Este individuo es un mostrario de bajas pasiones y de acciones negativas. Ama animalmente a Simoneta, la desea suciamente pues ha presenciado el acto carnal con el médico. Siempre la acecha y cierta vez trata de violarla en el lugar mismo de la escena que motiva la novela: la bodega de la paja. Termina por incendiar unos viñedos y huir.

Hay otros, secundarios, que no tienen la fuerza expresiva de los ya nombrados: la madre, resignada y desilusionada; la empleada, supersticiosa y primitiva.

En resumen *Martes de Gracia* es una novela dramática de un ser frustrado y solitario. Es un equilibrado y certero análisis introspectivo que sugiere y hace meditar sobre la vida de tantos seres como Simoneta que se nos cruzan por los caminos de la vida. Seres que arrastran su miseria síquica como una pesada carga que hay que disimular.

El estilo es sobrio, directo, sin que esto signifique simplicidad. Por el contrario, nos topamos con felices símiles y alegorías, con frases de sentido profundo. Destacamos este trozo que muestra la soltura estilística, unida a la sugerencia. "Mientras su pelo, esparcido sobre la paja, enmarcaba su rostro contraído aunque sumiso, sus ojos siempre libres, siempre esquivos, recorrieron las tablas del envigado, repararon en el rostro mitad burlón, mitad complaciente, del espantajo que los miraba con ironía. En su cara de estopa, comida por las ratas, había una expresión de maliciosa complacencia...".

Sin discusión, el capítulo mejor logrado es aquel de la entrega a su amado Camilo. Está escrito con vehemencia, con garra. Las frases redondeadas no destruyen la idea y la narración. Conocíamos cuentos de esta autora. También, poemas. Pero creemos que su camino es la novela. Nos lo prueba con este *Martes de Gracia*, que es una revelación. Creemos que su veta es la novela de ciudad, con todas las complejidades que ella es capaz de abordar. No conviene colocar los personajes en marcos falsos. Simoneta era para ambientarla en medio de la gran urbe. El campo le debilita su tremenda y complicada personalidad.

LEONCIO GUERRERO

*El Obispo José Hipólito Salas, de FIDEL ARANEDA BRAVO*

El Obispo Salas fue desde nuestros años escolares una figura de portentosos relieves en la historia de la Iglesia, algo así como el eucaliptus gigante del campo deportivo del Seminario de Providencia, que emergía sobre las encinas y los olmos de la laguna, y que un día cayó abatido por la cólera celeste de un rayo.

Desconocíamos muchos detalles de su procedencia familiar y formación intelectual, de su estampa física y moral, de su actividad diocesana, relieve social e influencia política; pero había algo que siempre se comentaba con admiración: su destacada intervención en el Concilio Vaticano de 1869.